

ARTÍCULO

AB-YECCIÓN: RUINAS DEL SUJETO, POÉTICA DE LA VIDA

-DEL *ETHOS* AL *PATHOS*-

HERMES PADILLA OVIEDO



EDICIÓN NÚMERO 5 / ENERO - JUNIO 2017
ISSN 2389 - 9794



AB-YECCIÓN: RUINAS DEL SUJETO, POÉTICA DE LA VIDA

-DEL *ETHOS* AL *PATHOS*-

HERMES PADILLA OVIEDO

Resumen

El texto titulado *Expediente* de Imre Kertész es “una historia de aduana que alcanza el grado de una interpretación de la vida”. Nuestro “mundo superpoblado y masificado” ha añadido a los sufrimientos inherentes a la condición humana, no sólo las molestias oficiales que limitan los derechos humanos naturales, sino también la humillación de torturas que, las estupideces de las autoridades institucionales ejercen por decreto, de modo, como quien dice, mecánico e impersonal. En la distancia de las guerras políticas,



Expediente constituye una confesión de la vida que acontece en el escribir, a través de procesos de emancipación de la vanidad, del intento de querer escapar del sufrimiento de la crueldad personal y, sobre todo, de la tragedia de la vergonzosa torpeza –cuya condición inconsciente la hace más culpable- de consentir con el deseo de una vida que fuese compatible con condiciones tanáticas institucionales de tortura y crueldad.

Abstract

Imre Kertész's text *Expediente* is "a customs books that achieves the degree of a life interpretation". Our "overpopulated and massified" world has added to the human condition's inherent sufferings not only official annoyances that limit natural human rights, but also the humiliation of tortures that institutional authorities exert by decree, in a way, so to speak, mechanical and impersonal. In the distance of political wars, *Expediente* is a confession of the life that occurs while writing, through processes of emancipation of vanity, of the attempt to escape the suffering of personal cruelty and, mostly, of the tragedy of the embarrassing clumsiness –whose unconscious condition makes it guiltier- of consenting to the desire of a life compatible with institutional tanathic conditions of torture and cruelty.



El texto de Imre Kertész titulado Expediente eleva (o más bien empuja hacia arriba) una historia de aduana hasta alcanzar el grado de una interpretación de la vida
 Péter Esterházy, *Vida y Literatura*

Un mundo superpoblado y masificado ha inventado, para completar la crueldad individual, sofisticada y humana, nuevos géneros de tortura: la tortura de la autoridad y la tortura por decreto, la constante molestia oficial en la vida privada y la limitación, mediante norma legal, de los derechos humanos naturales. Esta crueldad institucionalizada no es más suave que la crueldad individual, la tiránica o la personal: la crueldad institucionalizada, mecánica e impersonal, humilla a la gente, la personal se contenta con hacerla sufrir¹.

Sándor Márai, *¡Tierra, tierra!*

“Dictadura sin nombre” que establece la condición de la “estupidez mecánica”², son expresiones que determinan la dirección que abren los dos primeros párrafos de la obra *Expediente* de Imre Kertész, publicada en *Una historia: dos relatos* (2005, pp. 21, 40)³.

1. La crueldad que humilla hace daño. No es asunto sólo de molestias o dolor.

2. La comprensión de “estupidez” proviene de Sándor Márai: “...algo peor que la violencia... no simplemente el terror organizado, sino un enemigo mucho más peligroso del cual es imposible defenderse: la estupidez”. Es esa estupidez y esa dictadura que dejan sin qué hacer, sobre todo si se añade al fanatismo: “no se puede discutir con fanáticos menos si para colmo son estúpidos” (2006, p. 428).

3. En realidad, los dos relatos son escritos, uno por Imre Kertész y se llama *Expediente*; el otro, del también escritor húngaro Péter Esterházy se llama *Literatura y vida*. En la presentación del libro se dice: “Durante un viaje de Budapest a Viena, el protagonista es interrogado por un agente de aduanas, que le somete a las preguntas burocráticas y fiscales con las que los representantes de la autoridad hacen valer su fuerza y su poder con el único fin de que el individuo se sienta indefenso, acaso humillado. *Expediente*, el relato de Imre Kertész, le vino a la memoria al también escritor Peter Esterházy, cuando él mismo se vio involucrado en una situación similar en un viaje a Viena invitado por sus editores. Esterházy decidió entonces escribir *Vida y literatura*, su propia versión de esa anécdota, aparentemente banal, pero que recuerda la insistente persistencia de las huellas de tiempos peores. Ambos relatos, nacidos de la pluma de dos grandes autores de la literatura europea, han sido reunidos en un solo volumen, *Una historia: dos relatos*, que ofrece una cáustica visión de un mundo que se niega a desaparecer” (Contrapartada del libro, publicado por Galaxia Gutenberg) Todas las citas son de esta edición y por eso, solo se cita la página. Cuando es de otro texto, se señala de forma paraténtica, como es norma de nuestra *REvista*. (Nota del Editor)



¿Qué es “expediente” y por qué “expediente”? ¿Una categoría interpretativa en clave de derecho, de legalidad, como podrían tal vez haber sido las categorías de “rendimiento” en lo escolar o de “historia clínica” en lo hospitalario, por ejemplo? En la obra aparecen dos expedientes: el *Expediente* de Kertész en contraste con el expediente “oficial” (2005, p. 31). Claramente aparece que se trata de una condición en la que el relato “oficial” de la vida tiene la naturaleza propia del expediente, que, como tal, está remitiendo a la noción de “delincuente” (p. 32). Y delincuente incluye las sospechas, las denuncias, los procesos, los juicios, las condenas... con todo lo cual está hecho el prontuario de cada quien. Tal parece ser la forma manifiesta e inquietante de lo abyecto. Porque la abyección es, en buena medida, la propiedad de la actual realidad humana que culmina en la condición representada en *Expediente* por la figura del “cordero”, condición potenciada por el anonimato del sistema virtual. Kertész no discute, no lamenta... esta realidad: simplemente es “la realidad”, la realidad de “el realismo extremo”. De la vivencia de sí, en esa condición, da cuenta *Expediente*. De los dos expedientes, el expediente “oficial” es “más fiable”: un día concreto, 16 de abril de 1991, en un lugar “concreto”, Tatabánya o Hegyeshalom, en una hora “concreta” ...

El Expediente de Kertész “está escrito” con un propósito: “el propósito de contrarrestar” el expediente oficial, mejor dicho: con el propósito de contrarrestar el poder de exterminio del expediente oficial. El Expediente de Kertész contrarresta el oficial porque neutraliza su potencia aniquiladora. El Expediente viene a ser una vía de escape de la aniquilación. *Expediente* es una introducción a una literatura post-nihilista. Más aún, el Expediente de Kertész es lo que le confiere existencia a Kertész, por lo que Kertész existe. (¿Y a otros como a él?). Insisto: no se trata de quitar alcance al expediente oficial ante los tribunales. Allí su poder es absoluto. Se trata -en el interior de la facticidad- de una forma perversa de escape o de transgresión de la condición de resignación y claudicación de los frustrados o fracasados por su incapacidad, de la indigna exigencia de reparación por parte de las víctimas abatidas, de la venganza de los derrotados, y, sobre todo, se trata de escapar de la condición de “perdedor radical”, es decir, de la condición de quien, al refugiarse en la superioridad que se atribuye, se torna incapaz para aceptar la caducidad y el ocaso de dicha superioridad.



“Contrarrestar” el expediente oficial no es asunto, por consiguiente, de lo que pasa en los tribunales, algo así como la “rectificación” de los “hechos”, “minimizándolos” o “ampliándolos”, mediante la contraposición de “la verdad” y el establecimiento de “lo importante”, es decir, del valor... con pruebas, con testimonios... En los tribunales se está frente a hechos, que son “hechos” para ser tales. No es cuestión de hechos rectificadas o no, ni de verdad, ni de valor. El Expediente de Kertész parte de la incredulidad, de la ceguera, de la sordera con respecto a esos hechos “oficiales”, los del expediente “oficial”⁴.

Ahora bien, los hechos objetivos oficiales, urdidos por sujetos oficiales, hacen del incrédulo, del ciego y del sordo y de su mundo correspondiente, un ser *out*, un ser abyecto, marginal. El *ab-yecto* no es del mundo oficial, aunque *esté* en él - ¿dónde estaría si no? -. Es claro que la marginalidad del abyecto no es la condición del resentimiento –pues el resentimiento es una manera reactiva, la más eficaz, por cierto, de estar inscrito en “lo oficial”- del frustrado o fracasado, de la víctima, del derrotado, del perdedor. Por el contrario, en tiempo de “la dictadura sin nombre” y de “la estupidez mecánica”, hay cosas cuyo hábitat natural es la marginalidad, sin relación ontológica ni semántica con lo oficial. En ese sentido es válido decir que sólo se confía en la marginalidad, ya que hacia ella ha emigrado, en la abyección, la vida. Pues se trata de “la única posibilidad de sobrevivir y de conservar las fuerzas creativas”.

En lugar del “creer”, del “escuchar”, del “ver” hechos, verdades, valores “oficiales”, en lugar de ello, confianza: “Sólo confiamos”.

Pero, ¿qué es confianza?, ¿y en qué se confía? Confianza es aquí una condición de certeza, de seguridad, de capacidad ligada, no a lo oficial, sino a la potencia de la vida misma. ¿En qué confía Kertész? ¿En qué confiamos? “En la fuerza de la confesión”. La respuesta es: en la confesión. “Sólo confiamos en la fuerza de *la confesión*”. (¿Y qué es lo que se confiesa?)

4. Conviene recordar aquí la meditación fenomenológica de S. Strasser titulada *Miseria y grandeza del hecho*.



Pero, ¿qué hay que entender por “confesión”? No necesariamente una declaratoria de culpabilidad (o de inocencia), que es a lo que se reduce la confesión en los tribunales... El título de la obra de Kertész dispondría, por la costumbre de la lectura precipitada, en esa dirección. Por eso se apresura ya en las dos primeras líneas, a hacer claridad, estableciendo la diferencia con el expediente “oficial”, el de “los hechos”, el de “la verdad de los hechos”, el de “la importancia de los hechos”: el irrefutable.

Confesar, en el caso del *Expediente* de Kertész, remite a la radicalidad de lo que se pone en juego en el confesar, radicalidad que va más allá de imputaciones de faltas... Confesión en Kertész es la expresión en virtud de la cual la vida acontece. Confesión nombra el acontecimiento de la vida. Confesión es dis-poner la vida en la existencia⁵. Lo que se confiesa ya no son hechos o verdades o valores importantes -en los que no se cree, los que no se ven y no se oyen-. Lo que se confiesa, ¿qué es? Es el acontecer de la vida como tal, antes e independientemente de cualquier facticidad y de cualquier interpretación: la experiencia del realismo extremo, es decir, de “la realidad viva” en “las capas más profundas”, según las expresiones de Liu Zaifu⁶. La experiencia de este acontecer se encuentra, entonces, detrás de la máscara del dispositivo oficial aduanero que confiere legalidad oficial a la violencia inexorable del pillaje y que hace de sus víctimas unos delincuentes.

La confesión de que se trata aquí, esta confesión, tiene una potencia, una “fuerza” propia. Más aún, la confesión es fuerza. ¿En qué consiste esa fuerza? ¿Cuál es su alcance? La fuerza de esta confesión no apunta a declarar algo (¿qué?) a alguien (¿a quién?). La fuerza de esta confesión es radical. Es la dis-posición del sentido de la vida en realizaciones, en actualizaciones, en acontecimientos... pero también es lo que se reserva en la disponibilidad para nuevos aconteceres. Por su confesión el que confiesa *llega a ser*. Esta confesión se cumple en la marginalidad de lo abyecto. Esta confesión no pertenece a los espacios oficiales.

5. La idea de confesión en Kertész me parece análoga a lo que Gao Xingjian (2002) nombra como “existir es asumir una actitud”.

6. Epílogo a *El libro de un hombre solo* (Gao Xingjian, 2002, pp. 533 – 540).



Kertész avanza en profundidad en su Expediente, al conferirle a su Confesión, un estatuto definido. La confesión, en el caso de Kertész, tiene el estatuto de *Escritura*. Se trata de esa escritura que tiene la “fuerza” para que en ella y por ella ocurra, acontezca la vida. La escritura como forma de llegar a ser. Por eso: “es preciso... escribir” (p. 14); “es preciso ir cuidando” la escritura. Es preciso buscar en ella, el nexa con la dicha primigenia que se oculta en lo más hondo de todo” (14). Entonces, Kertész confía en el escribir como la condición de posibilidad que él mismo se procura para otorgarse existencia. Pero este es un escribir que ocurre entero en el *ergo*, sin pasar nunca, sin poder pasar nunca, al *sum*. “Sum” es la presunción ontológica griega (el ser *es*), teológica en el mundo hebreo-cristiano (*heheyé* o ego *eimi...*), antropológica moderna (pienso, luego *soy*), presunción que nuestra época destituye y disuelve. “Sum”, hoy, no pasa de ser la máscara de la impostura de la “oficialidad” que reduce el ser a los hechos que fabrica; no pasa de ser un juego banal de reconocimientos ilusorios en el dispositivo ilusorio, ficticio “sujeto-objeto”, no pasa de ser representación, “simulacro” en el sentido platónico: imagen sin contenido, apariencia. “Sólo poseo una identidad, la identidad del escribir”, escribe Kertész en *Yo, otro* (p. 63). Es preciso escribir, lo mismo que es preciso “ocuparse de quienes lo rodean a uno” (“amor en el corazón”), lo mismo que es preciso buscar la soledad, “crearla incluso”, tareas que deben ser hechas sin “liquidarlo todo de manera imperdonable” (14). Hay un (¿el?) acontecer de la vida en un existir que no se reduce al acontecer que viene de hechos, verdades, valores “oficiales”. A ese acontecer tendría que remitirse con toda propiedad el quehacer del psicoanálisis.

Hay que estudiar, en el contexto del Expediente y la Confesión, la relación intrínseca entre Escribir, Amor en el corazón y Soledad. Y, sobre todo, hay que estudiar la relación de todo ese conjunto (expediente, confesión, escribir, amor en el corazón, soledad) con el existir. Es una manera de abordar esta condición del hombre contemporáneo. El psicoanálisis constituye un procedimiento para tal propósito. Advierto de paso, aquí, la importancia de relacionar la función de la escritura kertésziana con “la función de lo escrito en J. Lacan” (Ver: Padilla, 2004). Por ambas se es. Entonces: se confía en la escritura porque por ella la vida acontece, así como se desconfía de lo que arrebató la vida, es decir, de la oficialidad tanática.



Ahora bien, el escribir, como llegar a ser, tiene su resultado. Conduce a algo. El escribir de la confesión que es el Expediente conduce al “conocimiento definitivo”. Porque “la fuerza de la confesión” tiene una función: “nos prepara para nuestro conocimiento definitivo” (9). La Confesión, ligada indisolublemente a Expediente y a Escritura, tiene la función de “prepararnos para nuestro conocimiento definitivo”. “Nuestro conocimiento definitivo” incluye la comprensión y el entendimiento de la propia vida, según las dos siguientes fórmulas kertészianas: 1) “Cuando recorra todo mi camino habré comprendido, por fin, mi vida”, y 2) “... he hecho mi recorrido: he aquí que entiendo mi vida”. Claramente el conocimiento definitivo incluye tanto la comprensión, resultante de la inscripción de la propia historia en la de la vida y en la del mundo, como el entendimiento, resultante de la interiorización “armónica” unificada de la diversidad de las interacciones complejas que nos constituyen.

Pero, el conocimiento definitivo es tal, es decir, “definitivo”, en cuanto que con él se produce el acercamiento a los umbrales del misterio, según se deduce de la afirmación de Kertész acerca de que el “conocimiento definitivo” tiene “nombre terrible”. Con ello Kertész habla de su acercamiento a la dimensión oculta: el nombre terrible es el nombre de lo sagrado, y lo sagrado es la infinitud de las potencias que se sustraen a la facticidad finita. Lo sagrado es el misterio, misterio que co-incide como potencialidad disponible en la “facticidad pura”, a la que Kertész califica como “simple, misteriosa, insondable” (Kertész, 2001, p.35). Pero ese nombre terrible no existe ahora, no sólo por su relación con el misterio inefable, sino, porque lo sagrado, en nuestro tiempo, ha huido sin dejar huellas, y se ha sustituido: “se ha convertido en” otra cosa: ¿en “el cordero”? Esa cosa que sí tiene nombre en los expedientes oficiales: el nombre de “cordero”. El cordero, “al que llevamos tiempo siguiendo... y al que quizá alcanzaremos” (9). Ese contra el cual Kertész empuñará, de forma definitiva, la agresión sufrida... Kertész ha llegado al conocimiento de que sólo liquidando al cordero alcanzado, al cordero que él mismo es, se puede desvirtuar el alcance del hecho oficial. Y mientras esto no suceda “uno es un poco culpable” (Esterházy, 2005, p.61). En el mundo “oficial”, en el tren “oficial” ha quedado un cadáver. El mismo que Esterházy, como la mayoría de los hombres, rehuye ser, pero, al que se reduce de modo definitivo. (77)

1. “Se me ocurrió la idea de...” O, de la certeza

Expediente es el relato de un suceso: un viaje frustrado, ¿o logrado?, de Kertész de Budapest a Viena. El relato de este viaje es una metáfora de la vida, de la vida de Kertész, de la vida de cualquiera. ¿De cualquiera?

El actor de la primera escena es claramente el sujeto. El sujeto de la gran filosofía moderna. En efecto es al sujeto, al yo, al que corresponde prever, predecir, programar, pre-disponer, o más genéricamente, proyectar o diseñar, lo que luego, supuestamente, deberá ejecutar él mismo.

El diseñar parte de una idea. No obstante, la misma idea pareciera ya venir de más allá del sujeto. En efecto, es algo que ocurre: “se me ocurrió la... idea de pasar dos o, como máximo, tres días, en Viena”. Diseñar es, pues, una tarea del pensamiento, cuyo carácter propio es la predicción⁷. Esta “idea” tiene un calificativo, “fructífera”: “se me ocurrió la fructífera idea de...”. El calificativo “fructífera” está en consonancia con la estación primaveral, pues la fructífera idea ocurrió en “un hermoso día de abril”, cuando las flores precontienen el fruto -fructi-feras- como las ideas precontienen las obras. Se trata de una relación originaria, armónica, con la naturaleza, donde las cosas simplemente acontecen. La idea será alcanzada por el exterminio.

Pero, en éste prófugo de la naturaleza que es el hombre, las ideas no aparecen inmediatamente, sino que lo hacen en la mediación de razones justificatorias y explicativas que, en este caso, se van redimensionando hasta casi lo inconmensurable. Primero un argumento contundente: nadie puede poner en duda, “Nadie puede poner en duda la ocasional necesidad de un cambio de aires y lugar, tanto desde el punto de vista de la salud como también de la creatividad...” En el interior del contundente argumento universal, el de “la salud”, el de “la creatividad”, se legitima la idea con una razón particular: el avivamiento del movimiento continuo del alma



7. Sobre la función predictiva ver Llinás, 2002 . Sobre la imprevisibilidad del conocimiento Prigogine, 2008



cuando cruza las fronteras: “... ese afán continuo del alma (*motus animi continuus*) que, en mi caso al menos, se aviva tan pronto como cruzo las fronteras de este país”. Cruzar fronteras aviva el alma... Hasta aquí, claramente se justifica y explica la ocurrencia de pasar unos días en Viena con razones propias, digamos, de la naturaleza, es decir, de la necesidad. En un segundo momento viene un argumento adicional justificatorio de la idea, como si no fuera suficiente lo anterior, como si tuviera necesidad de refuerzo –o de excusa-: “Aún así, me guiaban sobre todo objetivos de índole meramente práctica”. La “necesidad” cede a, o se refuerza con “objetivos” prácticos. Se avanza desde la necesidad natural hacia objetivos culturales, que son los que confieren legitimidad en la modernidad: “tenía que”, “tenía que rendir una visita de cortesía al doctor U, del Ministerio de Cultura...”. Pero, también aquí viene otro refuerzo: “debía... además”, “debía acudir, además, al Instituto de Ciencias Antropológicas...”. Y, en el tercer momento, tras los argumentos de necesidad biológica y de conveniencia social, abandona su latencia, no sin atenuantes que le disculpen - “no obstante” - y se presenta la razón determinante de “la fructífera idea”, a saber: el deseo, el deseo que es el de cada uno: “el deseo de reavivación anímica”. Pero, se insiste, este “deseo de reavivación anímica” no es un anhelo inconsistente. Por el contrario, es una característica “casi del todo natural”: “el deseo de reavivación anímica” es una “tendencia latente en todos nosotros, y, a nuestro juicio, casi del todo natural a...”

Ahora el punto de partida de los preparativos para la estancia en Viena es inequívoco, es “el deseo”, “el deseo” desde donde se le ocurre a Kertész la idea, “se me ocurrió la fructífera idea de pasar dos o, como máximo, tres días en Viena”.

Ahora bien, Kertész anota que ese “deseo de reavivación anímica” se encontraba en un “largo y profundo letargo”. Horadar en el psiquismo ha permitido a Kertész hallar el deseo como determinante de la idea. Pero ese mismo “deseo de reavivación anímica” había tenido que despertar de su letargo. Entonces, ¿qué fue lo que hizo despertar al deseo de su letargo? Y, antes, ¿por qué había caído el deseo en el letargo? Kertész responde que “el deseo de reavivación anímica... no se habría despertado en mí de su largo y profundo letargo de no haber sido por la ilusión de la



libertad personal...” (p. 11). La ilusión de libertad despierta al deseo de su letargo. ¿Cabría decir aquí, entonces, que es la ausencia de la ilusión de libertad personal lo que sumerge en el letargo al deseo?

Viene a continuación un planteamiento extraordinariamente potente, acerca de la libertad, o, con más verdad, acerca de la “ilusión de la libertad”. ¿De dónde toma su ser esta “ilusión de libertad”? Kertész responde que su fuente está “en primer lugar en las necesidades” del alma: “... cuya fuente, sin duda, habría de buscarse, en primer lugar, en las necesidades impacientes, imperdonablemente impacientes (y sorprendentemente repentinas) de mi alma...” (p. 11). La fuente de la ilusión de libertad se encuentra en las necesidades del alma. Aquí no se puede dejar de leer, hay que leer, los calificativos que Kertész le atribuye a esas necesidades del alma. Son necesidades “impacientes”, es decir, intolerables, que, por consiguiente, exigen respuestas inaplazables... Además, esas necesidades tienen el carácter de la fatalidad: son “imperdonablemente impacientes”. Se añade algo aún, entre paréntesis: son necesidades “sorprendentemente repentinas”; son necesidades que, como lo instintivo, actúan desde estratos a los que no alcanzan la previsión y el control. Ellas ocurren y se imponen de pronto. Se ve cómo el sujeto va siendo reducido a la condición de espectador pasivo: las cosas le ocurren. (Pero, ¿cuáles son esas necesidades del alma...?).

También todas las razones en que Kertész funda la idea que “se” “le” ocurrió, serán alcanzadas por el exterminio que avanza: las necesidades naturales, las obligaciones y deberes sociales, el deseo de reavivación anímica, la ilusión de libertad, hasta... las necesidades imperdonablemente impacientes y repentinas que generan la ilusión de libertad esencial del hombre.

Kertész no excluye, no obstante, que esas necesidades, propias del alma, hayan podido alimentarse: “... aunque esa ilusión de libertad —o libertad ilusoria— también parecía haber sido alimentada por ciertas declaraciones oficiales y manifestaciones irresponsables en los últimos tiempos”. Esto último, como lo dice sospechosamente entre líneas, parece referirse más bien a libertad “ilusoria”.



2. Preparativos e inconvenientes

Una vez establecida la idea, se avanza en la tarea de establecer las condiciones de posibilidad de su realización. En un primer momento operan las condiciones referentes a “objetivos de índole meramente práctica”: “tenía que” y “debía además”. Son condiciones precisas: “fijar horas y fechas con las señoras y señores del ministerio y del instituto, reservar una habitación en un hotel barato y digno de confianza”, y “comprar el billete de tren”. El exterminio sigue arrasando también estos preparativos del sujeto, porque... también ellos son inconsistentes.

Ahora bien, dar el paso de la idea al establecimiento de las condiciones que hacen posible el cumplimiento de los *compromisos*, eso sólo ya, desencadena una cascada de perturbaciones que apuntan, finalmente, a la aniquilación del propósito. La primera perturbación angustiante, si bien condicionada en lo concreto, ocurre en el plano del pensamiento y tiene que ver con la licitud de permitirse esa estadía en Viena cuando alguien cercano está enfermo: “Reflexiones angustiosas sobre si es lícito dejar aquí... a mi enferma, cuyo estado, por lo visto, comienza a ser crítico” (p. 11). Kertész advierte que “aún así compro el billete de tren...” (p. 11). Las perturbaciones avanzan para inscribirse en el cuerpo: “Me tumba la fiebre de una gripe y, para colmo, se infecta una muela de tal modo que se me hincha la cara” (p. 11). En la noche, durante el sueño dificultoso, esas perturbaciones descienden al psiquismo: “Durante la noche se me presenta una aparición espantosa...” (pp. 11-13). La esposa lo despierta de la pesadilla, no se sabe “si de mi sueño o de mi vida⁸, siendo tan frágil la diferencia”. Cabe preguntarme si estas dificultades pueden reducirse a una expresión personal del movimiento exterminador. Y, sobre todo, puedo preguntarme si estas dificultades operan sólo porque previamente y en secreto el sujeto se ha puesto dentro de la dinámica del exterminio. Si la respuesta fuera afirmativa, tendría que decirse que el exterminio echa a perder los preparativos requeridos de Kertész para el cumplimiento de la idea, solo en la mediación del “sujeto”. ¿Es esa la razón por la que el psicoanálisis no disculpa al sujeto? ¿Para esto sigue necesitando el psicoanálisis la idea de sujeto?

8. Formas de vida que son pesadillas. (Kertész, 2006, pp. 67-68)



Ahora bien, estas perturbaciones incumben directamente a Kertész. Por eso su “necesidad” de aclararlas (no dice solucionarlas). Para eso Kertész echa mano de la escritura: “Recurrí a la escritura como tantas veces, como casi siempre, como cada vez menos, desde que la convertí en mi profesión (a falta de algo mejor)” (p. 13). Kertész encuentra la aclaración en lo evidente: “Sólo pude descubrir lo evidente”. ¿Y qué es eso “evidente” que encuentra? Es “una relación nefasta conmigo mismo, mi falta de amor en general y, en particular hacia mí mismo” (p. 13)⁹. Aparece aquí, explícita, una conexión entre su “falta de amor en general y, en particular, hacia mí mismo” y su “relación nefasta conmigo mismo”. La relación nefasta consiste en la falta de amor. Las perturbaciones procedentes de la relación nefasta consigo mismo a causa de su falta de amor, están, además, acompañadas de “un *memento mori*”. Y este recuerdo de la muerte es “una amenaza angustiante que no ofrecía salida alguna” (p. 14). Conviene dejar aquí una pregunta abierta: ¿cómo poner amor en su corazón?¹⁰ Y ¿qué hacer con el recuerdo de la muerte? ¿Lo que escribe Kertész a continuación es una respuesta adecuada o simplemente una manera de darle manejo en lo concreto al enigma insuperable? “Es preciso, escribe, ir con cuidado, buscar el nexo con la dicha primigenia que se oculta en lo más hondo de todo, con la creación; escribir; ... ocuparme de quienes me rodean... Buscar la soledad, crearla incluso, pero, en la medida de lo posible, no liquidarlo todo de manera imperdonable como sueles hacer” (p. 14). Con la “aclaración” hecha y con la disposición consignada por escrito –ir con cuidado, buscar la dicha..., escribir, ocuparse de los demás, buscar la soledad- pasa Kertész a ocuparse de lo concreto: “ir, afiebrado, a la clínica odontológica para que me extraigan la muela”, y, a realizar las exequias de la enferma, cuya muerte se le informó al amanecer: “Me sumerjo en la trituradora desalmada de la administración que, sin embargo, ayuda al desengaño y resulta, por lo tanto, benéfica. Consigo el certificado de defunción, arreglo el entierro y, sobre todo, pago, pago y pago”.

9. Ver sobre este tópico, también Kertész, 2001, p. 14.

10. En Kertész, el advenimiento del amor en el corazón tiene como condición la desaparición de toda ilusión, de toda esperanza, de toda rabia... Ver: Kertész, 2001b., pp. 123 ss.



Pero dar solución personal a los inconvenientes personales no detiene el exterminio. Pareciera ser la ilusión de los malos análisis, y de ... las “buenas” psicologías.

3. A pesar de todo, decido emprender el viaje. Nuevos inconvenientes

A continuación de la idea y luego de superados los inconvenientes viene la decisión. Significación especial tiene el hecho de que la decisión no es una consecuencia de haber resuelto los inconvenientes y de haber aclarado las perturbaciones, sino que ella se presenta, justamente, “a pesar de todo”: “Después de arduas reflexiones decido emprender, a pesar de todo, el viaje a Viena”. Por supuesto que no carece de significación, en esta progresividad del relato, ni el cambio de la “idea” por la “decisión”, ni el cambio de “pasar” dos... días en Viena (p. 10) por “emprender el viaje” (p. 15). Sobre el nuevo fundamento, el de la decisión, se reactualizan los compromisos, se reserva plaza en el tren, pero... no se reserva hotel. Como que ya no se trata de “pasar” en Viena, sino simplemente de “viajar” ... También las razones que autorizaban la idea de viajar dejan su puesto a la razón genuina, la que ahora se expresa sin reservas: “me gusta”; “me gusta viajar” (p. 15). Esta razón explica el cambio del hotel “barato” (p. 11) por “no me preocupa pagar de más”, por “es un regalo que me hago” (p. 15), por “no voy a pasar estrecheces” (p. 16), y, más radicalmente, por “prefiero no morir” (p. 17).

Ahora bien, a esta decisión procedente de los estratos arcaicos del psiquismo, que paulatinamente se van develando, le corresponden dificultades igualmente arcaicas, esas que vienen acompañándolo a uno desde la lejana infancia: durante la noche anterior al viaje “no logro conciliar el sueño”. Y la razón es “la fiebre de partida, esa neurosis infantil que me persigue desde la niñez y que me convierte una y otra vez en niño incluso en la edad madura y, hasta podría decirse, demasiado madura” (p. 17). Es una de esas “manifestaciones infantiles de las que acabo tomando conciencia”, y de esas otras igualmente eficaces, aunque inconscientes: “sin que me percate” de ellas (p. 17). Kertész manifiesta sin ninguna duda su impotencia ante esas manifestaciones.



Como que el sujeto acarrea su historia insuperable que, dada la ocasión, pone en acción toda su eficacia. Con el agravante de que allí nada o muy poco es lo que se puede solucionar. Es un factor potentísimo al que se encara la presunción del yo. Cada vez más se pone de manifiesto que en uno no hay una sola cosa de uno, pura, sin contaminaciones. Estas manifestaciones infantiles se corresponden con el “me gusta”, que tiene un cariz igualmente infantil. A ese “me gusta” cabe ligar la suprema razón del “deseo”. Por eso no cabe sino detenerse en múltiples juegos de represión o avanzar, pero... lidiando con eso. Avanzar en la incertidumbre.

4. En marcha. Desde la incertidumbre a través de la inseguridad

Levantado antes de lo previsto a causa de la ansiedad, desayunado, toma los bocadillos que le preparó su “pobre esposa”¹¹ y se pone en marcha.

A las incertidumbres que acompañaron los preparativos del viaje siguen ahora las inseguridades que el mismo va deparando en el recorrido. En efecto, la primera sensación de Kertész, ya en la misma estación, es: “me siento inseguro”. “La relación nefasta conmigo mismo” aparece ahora como relación nefasta, también, con los demás: con los enfermos mendigos que piden y a los que no les da nada, con los vendedores ambulantes que gritan y a los que no les compra nada, con los alcohólicos que lo “miran de reajo con pérfidas intenciones” y de los que rehuye, con los compañeros de viaje que no quiere junto a sí. Y la razón es la misma. Kertész la intensifica aquí repitiéndola tres veces en siete líneas: “no hay amor en mí” (p. 18).

Mientras se inicia el viaje Kertész ubica e inicia su lectura en la Revista 2000 del “Diario de un genio” (de Dalí), genio hecho, según su observación, de la “extraña mezcla de desinhibición infantil y fanfarronería”.

11. “Mi pobre esposa”, expresión que se corresponde con “Mi pobre madre”, en: Kertész, 2001b., p. 173.



compañero de viaje de Kertész... Dos formas de hacer el viaje por la tierra. La lectura produce en su psiquismo “un ambiente sofocante” (p. 18) por “los elementos escatológicos expuestos en el texto” (p. 19). Ahora este “ambiente sofocante” mental recibe “ilustración atmosférica” de la “vaharada de olor pestilente” que “entra por la ventana”. Todo se acaba de configurar con la escena visual de la estación de Tatabánya, donde ha parado el tren: paisaje “devastado, destrozado, pelado, parecido a una sentencia de muerte”, construcciones que “atravesan el cielo como plumazos implacables que tachan un trozo de texto o de vida, explotación sin tapujos por doquier, utilitarismo brutal, racionalidad, fealdad...” Kertész junta el paisaje exterior y el interior para responderle a Dalí: “el desierto crece” (p. 18). Es “paisajismo sin paisaje” (p. 18). Hay un contraste fuerte entre esta escatología pestilente y el hermoso día primaveral cuando se le ocurrió la idea. Son transiciones exterminadoras a “lo horrible”, a lo anímicamente, a lo éticamente “desconsolador”. Transiciones de las expectativas de mejoramiento de vida a lo inerte, a la escoria.

5. En el dispositivo exterminador de la aduana. Hasta la impotencia

Si el determinante real de viajar, “deseo”, “me gusta”, se da en la mediación de “la idea” y “la decisión”, ahora, “el cumplimiento real” de eso que logró sortear las anteriores perturbaciones, se da en la mediación de *una forma concreta de ordenamiento social*: La aduana. Un crescendo, pero pálido, débil: la (in)certidumbre de la idea funda la (in)seguridad de la decisión y ésta la (im)potencia de la acción. En este estadio del despliegue del evento entra un *otro*, algo verdaderamente ajeno, externo. No una muela infectada o una fiebre o una pesadilla o unas mociones infantiles... con lo que como pudo se las arregló Kertész. Ahora aparecen perturbaciones de carácter fatal, insuperables mediante cualquier estrategia del sujeto Kertész, y que se inscriben en la ejecución misma y exactamente en el trayecto fronterizo, donde opera el poder de la aduana, la aduana húngara, los aduaneros de uniforme gris... El primer ataque es político: el aduanero “me pide el pasaporte”, es decir, el documento que autoriza al



viajero a cruzar, atravesar fronteras. Hasta ahí podría ser una interacción, en la que todo está estratégicamente organizado para que los sujetos aún actúen. Pero, esa operación esconde un alcance mayor: El tono de la voz¹² con que el aduanero le pide el pasaporte señala bien una estrategia de esas que acorralla, arrincona a la víctima, pero de una manera discreta, que se sustrae a cualquier posible recriminación, pues, *¿qué he hecho de malo?*: “me pide el pasaporte con voz discreta, modesta, como quien no pretende darse ninguna importancia” (p.19). Algo así como que, si de alguna desventaja se tratara, esta estaría del lado del aduanero. Y lo que aquí está pasando no es sino otra cara de lo mismo, o lo mismo con cara de aduanero: la falta de amor, “no hay amor en este hombre”. Es la experiencia de Kertész, “eternamente hambriento de amor, que de pronto se ha vuelto desprotegido y sensible” (p.20). Bueno, parece que el aduanero ha concluido su trabajo. Pero... “de pasada”, como algo que está de más, que ni vale la pena, el zarpazo contundente: “cuánta valuta... estoy “sacando” del país””. Desde estratos psíquicos muy profundos, esos estratos formados por la sabiduría de la evolución de las víctimas que necesitan hacer algo para defenderse, sin tiempo para vacilar, para que la conciencia se percate, para que el yo actúe, sale la respuesta: “mil chelines”. Una estrategia de defensa al parecer biológica, instintiva¹³ de Kertész, se enfrenta a “los ojos de la mirada aduanera y fiscal, diminutos pero infalibles” del agente de aduana, acechan, poniendo en acción una estrategia refinada de la práctica aduanera de “miles de años de experiencia auestas, desde que los antiguos egipcios o persas, o incas o etruscos, inventaron el registro de aduana” (p.22). Es “mucho, mucho, mucho”, enfatiza el aduanero, dando razones incomprensibles, razones que “no acabo de entender” ... Ya en los umbrales de las fronteras políticas, Kertész va siendo puesto en la frontera por donde se ingresa en la “estupidez mecánica”. Aquí el aduanero, plenamente autorizado, avanza, pidiéndole a Kertész “que le muestre los mil chelines” (p.20) y... los “setecientos florines” que ha dicho

12. Ver en Márai, 2006, dónde está la fuerza que opera, pero que se sustrae al alcance del tratamiento fiscalizante que se atiene a los hechos.

13. Kertész habla de la realidad profunda: instintos y conrainstintos, en *Kaddish por el hijo no nacido*.



que lleva. Ya el aduanero cabalga sobre la situación y avanza, con la misma táctica de *y yo qué culpa*: “Entonces me pide, expresando su petición en voz baja, pero muy decidida, que le muestre el contenido de mis bolsillos” (p. 21). Todo el ritual avanza con rigor escrupuloso, pues “mi hombre se ve obligado a señalar... el bolsillo cuyo contenido, por lo visto, me he olvidado de revelar”. Y, sorpresivamente, “aparecen tres mil chelines” adicionales, que el aduanero “confisca en el acto”. La razón sobra, pero el aduanero se toma la molestia de decirle: “los ha confiscado porque ‘usted declaró’ mil chelines... cuando de hecho ha acabado de encontrar cuatro mil en mi posesión”. Y, “así es. Lo que es verdad es verdad”. Se va configurando el estado que se necesita para que lo que queda de sujeto desaparezca absorbido por la estupidez mecánica. Ya no parece ser que “necesito un permiso de exportación”, debido a la cantidad, sino que “usted declaró mil chelines” cuando “de hecho” tengo cuatro mil. Cuando el aduanero vuelve le pide a Kertész los mil chelines declarados y, como si el *quebrantamiento* de las *leyes* económicas contagiara todo, le retiene, además, el pasaporte. Y, como todo debe procesarse oficialmente, añade “que debo aparearme del tren en Hegyeschalon”. El asunto se vuelve una orden: “En Hegyeschalon nos encontramos en el último vagón”, dice el aduanero.

Es claro que, como en las mejores tragedias de Sófocles, se han configurado dos órdenes incompatibles: el orden oficial y el orden de Kertész, con sus razones respectivas. Es cierto que ha intentado engañar sobre la cantidad. Pero esa es una falta con naturaleza propia, y que se vuelve suceso histórico en condiciones históricas bien definidas, dentro de las cuales debería considerarse. En cuanto al dinero: se trata de “mi dinero, no el de otro”; además, no sabía que necesitaba permiso para llevar esa cantidad; además, no tenía información acerca del asunto... ¡Por el contrario! Las razones son exactamente opuestas a lo que está pasando, pues de lo que se ha informado es de que “todo ha sido liberalizado, que uno puede depositar y retirar cuanto dinero quiera en el banco...” Por consiguiente, “no pensaba que mi dinero siguiera siendo propiedad del Estado” (p. 23). Por eso, “lo conmino en tono decidido a no hacerlo”, a no confiscar su dinero. Además, le presenta los argumentos de los compromisos con el ministerio, con el instituto, con su reserva en el hotel (p. 23), etc, etc. Pero lo que Kertész expone no tiene receptores en el *otro* orden, en ese orden



en el que Kertész “lleva mucho dinero”, “no tiene permiso”, “mintió sobre la cantidad”. Abiertamente al aduanero “no le interesa” ninguna razón de Kertész. Simplemente “lo lamenta mucho” (p. 26).

A estas alturas, lo que queda de sujeto en Kertész quiere saber por qué dio pié a todo ese embrollo con su mentira. De solucionar dificultades opuestas a la certidumbre de la idea y a la decisión, de sobreponerse a las inseguridades, ahora Kertész tiene que pasar a enfrentar en su propio interior y ante sí mismo la razón de su mentira: Por qué declaró mil cheques y por qué no declaró los cuatro mil. ¿Sería porque “no había amor en ese aduanero”? Eso no puede ser, porque “¿dónde está el aduanero que albergue amor por sus clientes?” (p. 25). A pesar de su “experiencia en el autoanálisis” (p. 25) no logra explicárselo. Sabe, eso sí, que su “relación con el dinero no se caracteriza por una pasión exagerada” y que, “aunque ello tenga su lado negativo, en este momento disfruto más bien de sus ventajas” (p. 24). Entonces “mi relación con el dinero” hace más enigmática la conducta mentirosa. Cuando el pensamiento no tiene explicaciones adecuadas se desborda en consideraciones complejas. En este caso Kertész advierte que la evidencia de que su relación con el dinero “no se caracterizaba por una pasión exagerada” contrasta con la de Dalí, para quien –como para los psicoanalistas- hay una “estrecha relación entre el oro y lo fecal” (p. 25), relación que a Kertész le simpatiza pero que tampoco entiende. Posiblemente hay todavía un contraste más de fondo: manifiestamente la obra de Kertész no recibe motivaciones desde el dinero, mientras que le “gustaría saber cuáles de los lienzos realmente geniales de Dalí fueron inspirados por su genio puro... y cuáles por su cartera ávida, relacionada con la actividad intestinal y siempre empeñada en espiar la evacuaciones... su vida no debe haber estado carente de nubarrones” (pp. 25-26). Además, ¿podría Dalí estar entre esos “otros más listos que yo que sacan millones por la frontera”? (p. 27). Lo inexplicable aumenta sin detenerse, con el exterminio.



6. Configuración del cuerpo del delito

El aduanero, apoderado del *cuerpo del delito*, se va, a la oficina, a darle configuración formal, en el expediente oficial, mientras Kertész queda, despojado de la identidad ciudadana que le da el pasaporte y de los recursos de subsistencia que le da su dinero, en la desprotección total, en la intemperie. Con el descontrol propio de dicha situación, primero queda “paralizado... como alguien a quien le han dado un golpe en la crisma”, luego “me levanto de un salto... recorro el convoy hasta...”. Ante la mirada de “desprecio” de los aduaneros en la oficina “mi corazón sensible se estremece”; hay perturbación mental: “no sé exponer de forma fluida y coherente mis argumentos en un ambiente hostil”; la misma voz se debilita: “el apasionamiento no hace sonar mi voz, sino que la apaga”. Como puede le trata de exponer sus razones al aduanero, lo conmina a devolverle el pasaporte y los mil chelines... pero... al aduanero “no le interesa” (p. 27).

En el límite, no dejan de aparecer las actitudes y comportamientos que se buscan. Apagada toda ilusión de obtener resultados específicos para sí, invierte la dirección y confronta a los funcionarios, echándoles en cara su deshonestidad: “otros más listos que yo sacan millones por la frontera” (p. 27). Asunto, que, dentro de la misma lógica del *y yo qué culpa*, no hace sino acrecentar la desventaja de Kertész: “Cuando me entere de un caso así, que lo denuncie” (pp. 27-28), pues no hacerlo lo convierte en cómplice... Todo se pone en el extremo: los hechos contundentes requieren densas capas de apariencias que los encubran. Como si denunciar no fuera, más allá de fronteras y aduanas, precipitarse en el abismo de la muerte exterminadora, que pone fin a la ingenuidad. Cualquier argumento que use Kertész ya no hace sino darles oportunidad de que redimensionen *in crescendo* su problema: “soy yo y no otra la persona en cuya posesión se han encontrado tres mil chelines más de los ‘declarados’”. “Se ha apurado el vaso hasta el final, sin que me ahorrara ni una sola gota”. La puerta se cierra. Kertész la cierra: “cierro la puerta... y espero con ansiedad creciente” a que llegue el veredicto...

7. Hegyeschalom o el abandono de toda esperanza

Kertész no ignora las connotaciones que hacen de Hegyeschalom un símbolo. Es decir, no ignora que es un lugar alterado por la percepción decidida desde las condiciones del ánimo de aquellos para quienes a lo largo de décadas tuvieron ligada su suerte a ese lugar. Realidad alterada de cima a sima: Hegyeschalom... “*in hoc signum vinces* cuando era camino al exterior”; pero “cuando era camino hacia dentro... “abandonad toda esperanza vosotros que entráis”, ... “el trabajo honra y dignifica”, “el trabajo libera”” (p 28). Pero, como quien realiza un auténtico tratamiento metapsicológico, Kertész entra en contacto con “la realidad viva” desde “las capas más profundas de su naturaleza humana”: Hegyeschalom “un villorrio desolador”, “como realidad..., como localidad, como estación de ferrocarril”, donde tiene que seguir “con apatía a los uniformes grises” ... a “una sala encalada y pelada...”, donde vuelve a aguardar... en “un ambiente inhóspito, árido y chirriante” (p. 35).

En ese lugar “tengo que esperar”, en compañía de otro hombre, profundamente desagradable, que ha tenido que correr con suerte análoga, y cuya actitud contrasta con la de Kertész, pues “se apresura toscamente y firma con diligencia todo cuanto se ha de firmar” (p. 29). Es un hombre que vuelve a poner en juego las características que Kertész señala de su corazón, que habían aparecido antes frente a los enfermos, mendigos, alcohólicos de la estación de partida y ante los compañeros del vagón, “... no le presto atención, no lo considero mi compañero de infortunios, no deseo compartir con él mi destino, no me interesa su historia.” A Kertész le pasa con su compañero lo que al aduanero con Kertész: no le interesa, lo siente mucho. Y de nuevo la constatación siniestra: “No hay amor en mí” (p. 29). Las condiciones de la realidad interior y exterior se corresponden: “mala educación... malos modales... enfado, una corriente de aire... el hedor de una locomotora Diesel que está haciendo maniobras ...” (pp. 29-30). Homogeneidad también con el compañero espiritual de viaje, Dalí. Ahora se ahonda la incomodidad, como que pasa de la asqueante escatología, a través de la relación con el dinero, a la irritación intolerable: “me irrita su relación con Nietzsche” (p. 30). La relación de Dalí con Nietzsche, en consonancia con “la sensibilidad española hacia los germanos”, se da desde la fuerza alterante de la realidad, como esa que hace





los más inverosímiles simbolismos. Sólo una mente escatológica como la de Dalí puede encontrar en Nietzsche a “un hombre débil”. El mismo de cuya locura dice Kertész que, “fue el acto más honesto y consecuente”. El trío Dalí, Nietzsche, Kertész, en el que este último ocupa la posición de quien debe enfrentar “la verdad desnuda”, sin refugio en la escatología dalisiana ni escape en la locura nietzscheana... Tres maneras de ir por la vida...

Finalmente es llamado Kertész al despacho, donde tres aduaneros constituyen una unidad mecánica de tres cabezas y de seis manos, de quienes recibe unos papeles: “el expediente”, para que “lo lea y lo firme” (p. 30), para que “firme el expediente tal cual está o no lo firme” (p. 32). Kertész le comunica al aduanero que “no firmaré el expediente tal cual está redactado”, que “no lo haré” (p. 33). Kertész no firma el expediente. ¿Qué ha pasado?

El expediente oficial plantea la verdad oficial, la que se necesita: “el día 16 de abril de 1991”, en el despacho de la estación de Hegyeshalom... En medio de esa verdad se encuentra toda la falsedad y la mentira. Esa a la que Kertész se refiere y con la que no puede estar de acuerdo: no “me informa sobre el reglamento relativo a valutas y divisas, sobre las cantidades máximas que pueden sacarse libremente del país y sobre la obligación de obtener un permiso para sacar una cantidad superior”. Un testigo, de esos que “siempre han aparecido desde la antigüedad hasta los tiempos modernos” (p. 33) me desmiente. Kertész reconoce haber sido requerido. Pero de lo que en verdad se trata va más lejos y tiene que ver con que el requerimiento: “No lo hizo... en forma de un requerimiento correcto y formal, sino de algo que parecía más bien un interrogatorio inesperado” (p. 32). Efectivamente, “la pregunta alevosa del aduanero” tenía el carácter propio de “un interrogatorio inesperado” (p. 31), que “ponía en marcha cierto mecanismo” (p. 31) acorde con la condición de un delincuente: el aduanero “de entrada se suponía en presencia de un delincuente” (p. 32). Acorde con esta condición *alterante* de su ser, Kertész percibe en seguida, “el retumbo de botas, los cantos estridentes del movimiento, los timbrazos de madrugada... las rejas de una cárcel y las alambradas”. Kertész ya “no era yo”. Kertész, el que respondió “mil chelines”, era ahora “el ciudadano atormentado, adiestrado, lesionado en su conciencia, en su personalidad y en su sistema nervioso”: el que respondió “era más un prisionero que un ciudadano” (p. 32), el que respondió estaba “herido de muerte”. Es la continuidad de la vida “tal como la he vivido”.



Esa “vida indigna y asesina que ha grabado de manera tan profunda sus señales malignas en mis instintos” (p. 32). Es lo que está experimentando en ese momento Kertész con asombro y estremecimiento: “Ahora... aquí, ... en este fragmento de instante me asombra y me estremece la autocompasión...” (p. 32).

8. A la intemperie

Con gran lucidez (“mi iluminación”) Kertész encuentra que cuanto viene pasando en “las capas más profundas de su naturaleza humana”¹⁴, no se agota en algo que, para ciertos abordajes, podría ser una patología inmanente a su singularidad. Kertész sabe que se trata de una “realidad viva”, de la cual forma parte —con el resto del sistema— el mismo aduanero. Por ello Kertész advierte la solidaridad, la unidad, que hay entre los dos, Kertész y el aduanero: la “vida indigna y asesina que ha grabado de manera tan profunda sus señales malignas en mis instintos” (p. 32), es la misma que por “décadas ha grabado en los suyos lo mismo que en los míos”, esas señales malignas... (p. 33). La “actitud”, el “comportamiento” del aduanero fueron impresos en sus instintos por esa “vida indigna y asesina” que le ha tocado vivir. Por eso Kertész considera, y esta no es una disculpa grosera, que el aduanero hace lo que hace “de forma involuntaria”. Habría una “voluntad” del aduanero y un “yo” de Kertész que no mienten. ¿Son los que aparecen en el paréntesis con el que termina el texto: la flor en la tumba como señal de perdón? (p. 40). ¿Es la manifestación de que sólo perdona el amor?¹⁵

Ahora bien, la situación está hecha de tal manera que no es posible desencadenarse de ella: “Casi me da pena no poder hacer partícipe a mi hombre, el aduanero, de mi iluminación, no poder compartir con él nuestra verdad evidente” (p. 32). La situación real no puede ser develada porque, “la relación es como es —oficial, dicho con un eufemismo, o sea, cien por cien alienada-...” Es la situación en la que quedan exterminadas las explicaciones. La situación hace

14. Es la expresión de Liu Zaifu en el apéndice que escribe a *El libro de un hombre sólo* de Gao Xingjian. (Ver nota 6).

15. La referencia al aduanero, parece recapitular la serie de personajes de *Sin destino* (¿También los de *Fiasco* y la *Kaddish por el hijo no nacido*?).



imposible explicárselo: “jamás podré explicárselo” (p. 33). El alcance de esta situación es radical: el aduanero no podría entenderlo. Pero peor: aunque pudiese entenderlo no es posible explicárselo: “jamás podré explicárselo, ni siquiera, aunque dé la casualidad de que lo entienda, cosa esta que, por cierto, no creo” (p. 33). La subjetividad de Kertész y del aduanero ha sido destituida y, con ella, el amor del corazón y el interés por los demás. Avanza el exterminio. Avanza el holocausto. Avanza Auschwitz: la “vida indigna y asesina que ha grabado de manera tan profunda sus señales malignas en sus instintos”.

En posesión del pasaporte y un recibo por los cuatro mil chelines, Kertész, como quien no se deja quitar la vista por los árboles que tiene delante, alcanza más lejos, más hondo con su percepción: “resulta muy difícil creer que este país es libre”. Eso ya no es una frase provocadora, ni una constancia, es algo de una radicalidad contundente: es una frase “que no tiene sentido ni ontológico ni semántico y que tampoco lo tiene en la práctica”. Lo que se ha destituido es la posibilidad misma de la subjetividad instauradora de ser, de sentido, de prácticas y de poéticas.

Solamente quien tiene una mirada de tan profundo calado puede darse cuenta de que las cosas no pueden despacharse con el recurso al azar: “no existe el azar” (p. 34). Quienes leemos una obra como esta encontramos que la realidad es así: “la vida imita el arte”. Pero Kertész ha encontrado, antes, que su obra imita la vida: “el arte imita la vida”, en este caso esta vida, es decir, “la ley” (p. 34). La vida con su “repugnante insistencia en la legalidad”. Esa que “te roba de pies a cabeza, te echa después de humillarte y ensuciarte con turbias amenazas y te deja a la intemperie”, después de haber partido rumbo al ancho mundo para ir a parar a una remota y mugrienta estación fronteriza, donde estoy en casa, donde estoy miserablemente, fatalmente, mortalmente en casa” (p. 34). “No existe el azar, todo ocurre por mí y a través de mí”¹⁶. A ello remiten los conceptos de “degradación humana” de Márjai y de “fatalidad húngara” de Kertész. Es la razón por la que “cuando recorra todo mi camino habré comprendido, por fin, mi vida”. Kertész sabe que no hay excusas.

16. La posición de Kertész frente a la idea del azar se presenta con mayor detalle en *Kaddish por el hijo no nacido*,

9. Al ser libre por el perecer

Ahí está Kertész ahora: “en la intemperie”, “afuera”. Pero, es allí donde “luce el sol”. Sin embargo, otra vez, una idea peregrina que se le ocurre lo distrae: “llamar por teléfono a casa... para oír por fin una voz humana amable...” Pero, ni esta idea resulta realizable... Se cambia por “averiguar cómo regresar cuanto antes” (p. 35). Resolver un sin número de inconvenientes conduce, al “permiso... para subirme con mi billete válido para el tren para el que lo he comprado”. Y... eh aquí, que justo donde todo falla y después de que todo falla –ideas, decisiones, deseos, ilusiones, esfuerzos– muestra su rostro el amor. Finalmente se encuentra al oficial de alto rango que le da el permiso. Kertész advierte que este “oficial enjuto, maduro, con gafas y cara de funcionario... que me examina de arriba abajo con una mirada fugaz, objetiva y despectiva”, este oficial, es alguien en quien hay amor: “en este oficial hay amor” (p. 37). “En las cárceles, los campos de concentración y otros lugares parecidos, siempre aparece un oficial o suboficial que te devuelve la fe en la vida”. Ese mismo que “cuando nos mata de un tiro, sabemos que no lo hace por placer, sino porque no tiene otra salida” (p. 37). Como que para recuperar la fe en la vida hace falta que el sujeto, el modo de ser humano en la modernidad, desaparezca... Es una denuncia a esta modernidad occidental en la que el pensar, la voluntad, la libertad, el deseo del sujeto han asfixiado la vida como tal. ¿Es de lo que Márai, Gao Xingjian, Mishima, el mismo Kertész... huyen? Donde el hombre se despoja de su condición de sujeto, donde el sujeto se desvanece impotente, y en esa medida, puede el hombre acoger la vida que acontece. Es la transición de *ethos* a *pathos*. Es la condición del inicio de las poéticas de la vida.

Finalmente se encuentra Kertész en el tren de regreso a Budapest. Paga el excedente que le cobran; sus compañeros de vagón no entienden húngaro, el señor dormita y la señora lee... El tren se desliza uniforme y silencioso. “Estoy sentado inmóvil”¹⁷. A la par con el tren, recorro con la mirada el borde inferior del cielo, justo encima del monótono paisaje”. El tren



17. Ver una descripción del extenuado y del entumecimiento en el séptimo capítulo de *Sin destino*.



transporta una mirada, pero una mirada que no sólo no ve nada, sino que tampoco quiere ver nada: “Miro por la ventanilla pero no veo ni quiero ver nada” (p. 38). Si Dalí ofrece un paisajismo sin paisaje, Kertész me devuelve a la mirada sin visión. El proceso arrebató al sujeto con su capacidad de ver: ha quedado una mirada suelta, sin visión. La mirada en el límite, *entre* el borde inferior del cielo y la cima del monótono paisaje. Nada en el cielo, nada en la tierra. Como la nada del *Cristo muerto* de Holbein el joven, abandonado de Dios y de los hombres: ¿libre de dioses y de hombres?

Ahora, ahí en el interior del regreso a Budapest, acontece el regreso decisivo: el regreso a sí mismo, el regreso a sí mismo como vida simplemente. La condición de despojamiento empieza a taladrar el alma y devela la respuesta que hace sentir vergüenza a Kertész. Una vergüenza que se inscribe en su cuerpo, empezando por los órganos de la locomoción viajera, pasando por los del apetito y deseo de ese viaje, hasta el de la idea referente al mismo, vale decir, una vergüenza que lo cubre de pies a cabeza. Entiendo vergüenza con Spinoza como “una tristeza, acompañada por la idea de una acción que imaginamos vituperada por lo demás” (Spinoza, 2007, Parte III, prop. 58, def. 31). Esta vergüenza, por lo demás, no termina en sí misma, sino que se profundizará hasta convertirse en depresión: “bien sé que me aguarda una depresión...” (p. 38). Aquí hay algo terrible: como Kertész ya no es, “no soy yo”, sino agente de los otros, agente del vituperio de los otros con respecto a sí mismo, en este caso, por eso, es él mismo quien ejecuta el vituperio. Pero Kertész radicaliza la definición de Spinoza, haciendo objeto de vituperio no sólo “la acción”, sino la manera como llegó a creer que podía realizar la acción de viajar, la manera como llegó a creer que podía hacer algo distinto: “¿Cómo creí que podía viajar a Viena? ¿Cómo creí que podía hacer algo distinto de...?” “Poco a poco, muy poco a poco, me cubre la vergüenza...”. Se pregunta cómo creyó posible algo diferente. No se trata de la posibilidad de creer, puesto que se dio en el hecho. Y eso habla de que Kertész siempre sabe de la potencia operante que lleva escondida en sí, es decir, de “otro inicio”. Se trata más bien, de haber creído poder abrir una vía que no le correspondía. Lo que a él le correspondía estaba ligado a su condición no de Kertész, como Yo, como sujeto, como ciudadano..., sino de Kertész como prisionero: “¿Cómo creía que podía hacer algo distinto de lo que había hecho hasta entonces”, es



decir, “vivir como prisionero... ser libre en cuanto prisionero?” (p. 39). Y “esta libertad era tan sólo la libertad del prisionero, o sea, una ilusión” (p. 39)¹⁸. El mismo fracaso de su acción comprueba el carácter ilusorio de la libertad. Y aquí viene un juicio crítico, mediante un juego de inversiones: la ilusión que tiene de libertad ahí en su condición de prisionero es una ilusión “honesta”, a diferencia de quien es prisionero-de-la-ilusión de la libertad, de ser-libre.

10. De las ruinas del sujeto a las poéticas de la vida

Es justamente en estas alturas donde ha descubierto Kertész que su condición de prisionero no le arrebatara sus pensamientos, su talento, su esencia: “Había vivido como prisionero, ocultando mis pensamientos, mi talento, mi verdadera esencia” (p. 39). En la libertad y en el amor, inherentes al desposeimiento, reside la posibilidad de la creación y de ser en esa creación. Kertész sabía que su condición de prisionero constituía un riesgo de aniquilación: “Veía con claridad los riesgos que implica esta vida, es decir, el riesgo de que la vida de prisionero acabe convirtiéndome en prisionero; de que me obligue a colocarme muy por debajo del nivel cultural del siglo, de que me estreche el horizonte, de que me consuma el talento” (p. 39). Pero, el hombre, el hombre kertésziiano, es ese que sólo puede realmente ser tal en el riesgo¹⁹. La lectura de *Expediente* me hace saber, por el ejemplo mismo de Kertész, que sólo se *es* en el riesgo que permite la conquista de “la vida”, de “mi vida”. En este caso la vida es la del escritor, la del artista, de ese que si no crea no existe: “Veía con claridad los riesgos que implica esta vida, es decir, el riesgo de que la vida de prisionero acabe convirtiéndome en prisionero;

18. Profundizar la idea de libertad como lo que despierta y mantiene vivo el deseo. ¿Libertad de qué? No de las cadenas, sino libertad para el crecimiento desde las potencias inocentes.

19. Abundan los planteamientos de Kertész sobre la idea de la vida del hombre como un existir en el riesgo. Así, en *Kaddish por el hijo no nacido*, se refiere al carácter de riesgo de la facticidad simple, misteriosa e insondable como una “sentencia de muerte” (p. 32).



de que me obligue a colocarme muy por debajo del nivel cultural del siglo, de que me estreche el horizonte, de que me consuma el talento". La vida de prisionero puede extinguirse hasta quedar no más que el prisionero, es decir, el prisionero sin ilusión de libertad, sin vida: muerto. Por lo contrario, la vida, la vida del prisionero que es Kertész, se plasma en la obra artística, en cuanto forma de acontecimiento de "la vida", "su vida", su esencia, su verdadero ser. "Aún así, quería vivir así, en la creencia de que es, a pesar de todo, una vida, una vida que alguien –quizá yo mismo- debe plasmar en palabras". La escritura aquí ya no es simplemente el "recurso" para aclarar una pesadilla ocasional (p. 13), tampoco para el ejercicio de la prostitución mercenaria dalisiana o para cosas por el estilo. La escritura, cuando es escritura, es, para el escritor y para el lector, la forma que tienen ciertas capacidades de ser de llegar a existir de modo efectivo.

Ahora se entiende qué vituperera Kertész en el *Expediente*, en la confesión: querer escapar o vacacionar, creer que podía cambiar "esta vida". ¿Cuál vida? No "la vida", "mi vida", sino la vida que "llevo tiempo considerando y tratando no como mi vida, sino como el tema de un examen que me ha sido impuesto como una rigurosa tarea" y, con respecto a la cual sólo cabe una forma de ser libre, la de la autoeliminación. Sólo así se entiende la profunda vergüenza de Kertész. Pero, también se entiende ahora su regreso a "una vida" (no "esta vida") que él mismo "debe plasmar en palabras", como se entiende a Gilgamesh de vuelta, desde sus imaginarios y desde sus conquistas y empresas a su hacer primordial, arquitectural, debería decirse: construir Uruk. "Una vida" que no puede terminar... "con dos cajas de somníferos y media botella de coñac albanés de mala calidad..." (p. 39). Este es un realismo radical; no simplemente el realismo de una realidad de cumplidos... con ministerios o institutos o de cambios de aire y de lugar...

Tras "seis décadas" de existencia, Kertész mismo -por que no existe el azar, porque él es el único responsable- "empuña la agresión sufrida" con "fuerza y placer amargo" (p. 40). "Se ha colmado el vaso, ya no puedo sufrir más heridas... En mi cuerpo... no cabe no ya la punta de un dardo, sino ni siquiera la de una jeringuilla" (40). La vida, "mi vida" está "plasmada en palabras". "Esta vida", "la vida indigna y asesina" ha terminado. A ella se refiere -siento yo que triunfalmente- diciendo: "estoy perdido... estoy



muerto". El tren ahora "sólo transporta un cadáver". Vergüenza, vituperio, se entienden si lo que el escritor encara es la tentación de pasarse de "la vida", que debe ser "mi vida", a "esta vida", la vida oficial, a "la vida indigna y asesina". Y así, la condición de Kertész resulta la antítesis de tantos dramas terribles como ese al que se refiere el capítulo dieciocho de la segunda parte de *¡Tierra, Tierra!* de S. Marai, donde el poeta muere para dejar vivir al revolucionario.

Con respecto a "esta vida", en la que nada se podrá rehabilitar (!), con respecto a este gran holocausto que es Auschwitz, sólo subsiste un deseo, "que en mi tumba o en mi urna o en lo que quede de mí, un aduanero me ponga una única flor, que aunque no sirva para rehabilitarme, sí valga al menos como señal de perdón..." (p. 40). Y, perdón significa que "la vida", "mi vida", no sucumbe en la medida que permanece inalcanzable para "esta vida", para la "vida indigna y asesina".

Expediente es la confesión de la vida, plasmada en la escritura, de quien no naufragó en la prisión oficial de las dictaduras sin nombre y de la estupidez mecánica ni en la prisión del resentimiento de los incapaces, de los derrotados, de las víctimas, de los perdedores...



Referencias

Kertész, I. y Péter Esterházy (2005) *Una Historia: Dos Relatos*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores.

Kertész, I. (2001) *Kaddish por el hijo no nacido*, Barcelona, Acantilado.

_____ (2006) *La lengua exiliada*. Madrid: Taurus

_____ (2001b.) *Sin destino*. Barcelona: Acantilado.

_____ (2003) *Fiasco*. Barcelona: Acantilado

Llinás, R. (2002) *El cerebro y el mito del yo, El papel de las neuronas en el pensamiento y en el comportamiento humanos*. Bogotá: Editorial Norma

Márai S. (2006) *Tierra, Tierra*, Barcelona, Salamandra.

Padilla Oviedo, H. (2004) *Qué es entonces psicoanálisis*. Medellín, Universidad de Antioquia

Prigogine, I. (2008) *Las leyes del caos*. Barcelona: Crítica

Spinoza, B. (2007) *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid, Ténos

Strasser, Stephan (1968). Miseria y grandeza del “hecho”. Una meditación fenomenológica. En *Tercer Coloquio Filosófico de Royaumont: Husserl*. Buenos Aires, Paidós.

Xingjiam, Gao (2002) *El libro de un hombre solo*. Bogotá: Planeta



Calle 59A No. 63-20, Autopista Norte,
Campus El Volador, Bloque 43, oficina. 419

Conmutador: (57-4) 430 9000 Ext. 46218 Fax: (57-4) 260 44 51

Correo electrónico: redestetica_med@unal.edu.co

Medellín, Colombia, Sur América